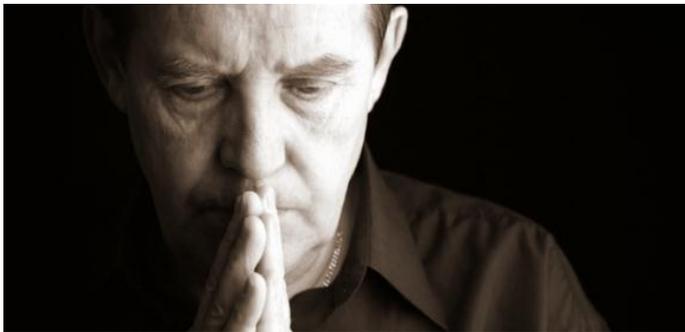


- Una cosa son los tropiezos y las caídas en el camino de la virtud y en la carrera de la justicia, conforme a la palabra de los Padres: En el camino de la virtud existen caídas, alteraciones, violencias...; y otra cosa es por el contrario la muerte del alma, la vida que ya ha desesperado y se ha entregado al pecado. Esta es la forma en la que se conoce que se está en el primer caso: cuando uno, aunque caiga, no olvida el amor del Padre; cuando, aunque esté cargado de culpas de todo tipo, su diligencia hacia la obra bella no queda interrumpida; cuando uno no es negligente en afrontar de nuevo la batalla contra las mismas cosas por las cuales ha sido derrotado; cuando uno no se cansa de comenzar de nuevo, día a día, a construir desde los cimientos la ruina de su edificio... no cesando de combatir hasta la hora de la muerte.

- Si quieres orar como es debido, entonces no causes tristeza a nadie; de lo contrario, te fatigarás en vano.

- El abad Geroncio de Petra dijo: «Muchos de los que son tentados de deleites corporales, aunque no pequen corporalmente, pecan de pensamiento. Y aunque conserven la virginidad corporal, fornican en su alma. Por eso, carísimos, bueno es hacer lo que está escrito: "Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón" (Prov 5)».



Orar con los padres del desierto

Llamamos Padres del Desierto a aquellos monjes que empezaron la vida monástica en el desierto de Egipto entre los años 350-450, edad de oro de este movimiento. El fundador fue san Antonio Abad, que nació en 252, se hizo monje el 271, y murió el año 300.

De él decía San Atanasio que *hizo del evangelio su vida, practicando la justicia, la fortaleza, el amor a los pobres, la mansedumbre y la hospitalidad*. Creó un estilo de vida donde las personas pueden llegar a *respirar a Cristo*.

Lo más sorprendente de estos hombres de Dios es el espíritu con que aplican el evangelio a la vida. Tenían una apertura desconcertante, propia de aquellos que viven guiados por el espíritu del amor. Su vida era sencilla: rezaban y trabajaban, trabajaban y rezaban. Nada más. De fondo, siempre, el deseo inquebrantable de buscar a Dios. Y en el camino la lucha contra todo lo que se oponía a este encuentro.

Muchos iban a buscarles al desierto para aprender a afrontar la vida con verdad en medio de sus dificultades, sus angustias o sus pecados. Iban porque sabían que la soledad, la lucha espiritual y la oración les daban un corazón grande para comprender, sabio para guiar y humilde para bendecir de parte de Dios.

Pasos a seguir en la oración

1. Antes de nada aíslate de las cosas y ponte en la presencia de Dios. La oración es tu desierto, lugar del encuentro contigo mismo y con Dios, tu espacio exclusivo para Él.
 2. Pide que te dé la sabiduría del corazón para comprender sus caminos y la fuerza de voluntad para seguirlos
 3. Lee uno de los dichos. Intenta comprender su significado, despacio, con todo tu ser. Y dialoga con el Señor sobre su sentido y su relevancia en tu vida.
 4. Termina poniendo todo en manos de Dios, en especial el destino de aquellos más necesitados en el mundo.
- Y recitando despacio el Padrenuestro, el Avemaría y el Gloria.

- Un anciano dijo: *Duermas o veles, hagas lo que hagas, si tienes a Dios ante tus ojos, el Enemigo no puede turbarte en nada. Si tu pensamiento permanece en Dios, también la fuerza de Dios mora en ti. También dijo: No hagas nada sin orar y no lamentarás nada.*
- Sé el portero de tu corazón y no dejes que entre ningún pensamiento sin someterlo a escrutinio. Interroga a cada uno de los pensamientos por separado, preguntándole: ¿eres uno de los nuestros o te cuentas entre los enemigos? Y si pertenece a la casa, te llenará de paz. Pero si es del enemigo, te confundirá con la ira o te excitará por medio de algún deseo.
- Aquel que endereza a su hermano en el secreto de una habitación, cura su mal; pero aquel que lo acusa ante los demás agranda sus heridas. Aquel que cura a su hermano en privado, revela la fuerza de su amor; pero aquel que lo expone al ojo de sus compañeros, hace conocer la fuerza de su propia envidia.
- Si un cuerpo fuerte y sano se entrega al ocio y permanece así, en el alma que lo habita se llevan a cabo todos los males. Y aunque todavía se alegre por el bien, pasado solo un poco de tiempo se verá despojada también de aquella inteligencia y sensibilidad que se alegra por el bien.

- Lo que hace que la gracia de Dios siga viniendo al hombre es un corazón que tiende a una continua acción de gracias.
- Si has trabajado bien ante Dios y él te ha regalado un don por tu rectitud ante él para estimularte más y darte alegría en tu fatiga, implórale así: o bien que te conceda el conocimiento, para que sepas cuán necesario es ser humilde; o bien pídele que sobre aquel don establezca un guardián cerca de ti, o bien que te quite tal don, a fin de que no sea para ti causa de perdición. Pues no a todos se les concede guardar un tesoro sin recibir de él daño.



- Dichoso el hombre que acoge la salvación y el progreso de los demás con tanta alegría como si fueran suyos. Dichoso igualmente el que ve a Dios en todos los seres humanos, el que sabe que es uno con toda la humanidad, porque se encuentra siempre en cada persona.
- No distingas entre los hombres, ni intentes conocer quién es digno y quién no lo es. En cuanto está de tu parte, considera a todos los hombres dignos de bien; actúa así, sobre todo, porque de esta manera les impulsarás hacia la verdad. Esto es la pureza, un corazón misericordioso hacia todo y hacia todos.
- Quien lee de modo superficial las palabras maravillosas de la Escritura, hace que también su corazón se vuelva superficial y lo priva de aquel santo poder que concede al corazón el dulce gusto por aquellas enseñanzas que pueden provocar en el alma el sentido de la maravilla. Tú aplícate constantemente a las Escrituras que hablan de la providencia de Dios. Que tu lectura se realice en quietud, alejándote de la excesiva preocupación por el cuerpo y del tumulto de las actividades.
- Feliz el hombre que conoce su debilidad: este conocimiento será para él principio de todas las cosas buenas. Intercede en la debilidad y busca la simplicidad, para que te encuentres bien ante Dios y no tengas ansiedades. Porque, como la sombra sigue al cuerpo, así la misericordia sigue a la humildad.